

duce al vivificar la atmósfera desgarrante de su obra. El final, para su conocimiento intuitivo, no podía ser sino la resurrección, que es una manera eterna del símbolo. El alma, en la medida de su fe, es un poderoso proceso de crecimiento, tanto más integral cuanto más pleno es el anhelo que la mueve. Así, es bueno saber que se es irrevocablemente algo Segismundo. Todos «soñamos lo que somos», pero a fin de crear nuevas dimensiones. Damos vueltas infinitas, nos sumergimos en todos los abismos y, contra lo mismo que creemos, una verdad se encadena con la otra para encendernos en círculos inacabables.

«Aula Magna» tiene ese valor de evocación y estremecimiento que le prestan intensidad y belleza. Es una obra profunda y removedora. Una vez más, y por cierto en un género expuesto incesantemente a la dureza o a la confusión, triunfa el talento claro y la destreza literaria de este prestigioso escritor uruguayo.—RICARDO TUDELA.



«DRY GUILLOTINE». (Guillotina Seca). Escrito en francés por René Belbenoit. Trad. inglesa de Preston Rambo. Prólogo de Milliam La Varre

La obra «Dry Guillotine» (Guillotina Seca) escrita por un expresidario de la Guayana Francesa y traducida al inglés en este año de 1938, pertenece por su espíritu a la misma categoría literaria de «La cabaña del tío Tom», «Ramona», «La Vorágine», y otros libros que, usando de un término terapéutico, pudieran llamarse revulsivos, porque parecen destinados a provocar reacciones de opinión en torno a determinado problema humano.

«Dry Guillotine» es la historia descarnada, cruda, escueta de un hombre que delinquiró y sobre el cual cayó, sin saña espe,

cial pero también sin atenuaciones, la sanción de la justicia oficial, el peso de la ley escrita. Y conste que digo historia, porque se trata de una autobiografía, no de una novela. El autor de la nota contenida en la solapa que acompaña a la 1.^a edición norte-americana, dice que «este es el testamento de un hombre que ha triunfado después de quince enloquecedores años de privaciones y persecución. «Agrega que se ha romanceado mucho en torno a la realidad de la Isla del Diablo; pero que nunca hasta ahora se la ha hecho accesible al mundo exterior. Y en elogio de la obra de Belbenoit dice que éste cuenta su historia «soberly and convincingly, not sensationally».

Condenado, por primera vez, a ocho años de presidio, René Belbenoit es transportado a la Colonia Penal de la Guayana; trata de evadirse una y otra vez, y sorprendido y capturado, sólo consigue aumentar la pena en duración y en dureza. Al cabo de quince años de alternativas sin cuento, de penurias, vejámenes, explotación del esfuerzo personal y lesión de la dignidad humana, de promesas no cumplidas y de esperanzas fracasadas (todo lo cual forma el nudo de esta biografía que se lee como una novela) logra, mediante infinitos recursos en que rivalizan la astucia, la audacia y la buena suerte, poner la planta en Panamá, en la Zona del Canal. Es casi la liberación definitiva, y el escritor en potencia que hay en él (ayudado por el ilustre Francis Carco, había ya colaborado con provecho en publicaciones francesas, desde la Colonia) se revela en toda su plenitud y produce, aparte crónicas y artículos que le dan para vivir honestamente, este gran libro de dolor, de miseria, de horror y de piedad.

«Dry Guillotine» es un libro por todos conceptos interesante. Interesa y atrae no sólo como documento humano, vivido, veraz, sino como obra literaria. Su lectura es absorbente, a pesar de lo ingrato y cruel de su materia. Tiene razón el crítico antes citado para expresar que está escrito con sobriedad

y concienzudamente, pero no en tono sensacional. Resulta crudo por el tema, por los cuadros y episodios que ofrece y que ha tomado de la fuente misma de la realidad; pero no porque se advierte en el autor delectaciones especial y morbosa en ciertos detalles y aspectos del medio moral y social en que vegetó y que nos da a conocer. Sería irrisorio pretender que la vida en presidios como los de la Colonia Penal francesa en la Guayana nos brindase un asunto agradable, plácido, halagador como el de las novelas rosa.

Hay, pues, en «Dry Guillotine» pasajes de una franqueza que pudiéramos llamar documental, sin que ésto signifique que carecen de valor literario. Muy por el contrario. Ya se ha dicho que no hay nada más casto que la desnudez absoluta. «Couvrez ce sein—decía Tartufo—que je ne saurais voir, et cela fait venir des coupables pensées». Para Belbenoit no existen los que suelen llamarse «pasajes escabrosos» y que no pueden faltar en obras de esta índole. El es claro porque es honrado, y limpio porque no es malicioso. Nadie ignora ya la relación estrecha que hay entre la vida carcelaria o presidiaria (aislamiento, aglomeración de hombres solos, ocio etc.) y la caída en el homosexualismo. Belbenoit alude a ésto desde el primer capítulo (Pág. 35 y 36) pero siempre lo hace con serenidad, sin pormenorizar ni deleitarse en ello. Más adelante, cuando se refiere a las prácticas homosexualistas del médico de uno de los Presidios, no declama tampoco y planea sobre la pornografía sin caer en ella, más atento, que a otra cosa alguna, al desorden y a la indisciplina que tales prácticas ocasionaban. Otro tanto puede decirse del régimen de «coimas» y otros arbitrios deshonestos acostumbrados entre el personal de guardias o carceleros, vicio o plaga indesarraigable, como lo anterior, de todas las prisiones del mundo.

Si lo que el autor ha pretendido es hacernos sentir todo el horror de la vida presidiaria en la Guayana Francesa (así en tierra firme como en las islas, entre ellas la del Diablo, que

hicieron célebre los padecimientos del Capitán Dreyffus) no cabe duda que lo ha conseguido, y plenamente. Como ha conseguido también hacernos testigo de ese duelo brutal (y harto desigual, por cierto) entre la máquina de la justicia y el delincuente; entre los engranajes de la Administración y la prensa que se pone a su alcance; entre la burocracia que sirve a la ley y a la sociedad y el mísero individuo que, si llega a salvar con vida, sale de la celda sin alma, como de la mosca no queda más que el cascarón cuando la sueltan los pulpos de la araña. Es cierto que ya este problema ha sido tratado *in extenso* por autores de diverso género, a uno y otro lado del mundo; pero lo que tiene de singular el libro que analizo, y lo que le da su calidad, está en que no es el fruto de la observación extrínseca, ni de informaciones o referencias de segunda mano, sino el de la propia experiencia de una víctima de esa misma vida, de un hombre en quien el dolor y la soledad despertaron al escritor en potencia que había tras el ladrón desafortunado. Sólo un escritor de raza elude y sortea en la forma airosa en que lo hace Belbenoit los peligros de la grosería y de mal gusto, y sólo un escritor de talento sabe evitar los inconvenientes de la monotonía y la fatiga consiguiente matizando el color predominante en el cuadro (que, es, naturalmente, sombrío) con pinceladas de buen humor, de ternura o de ironía.

Hace ya más de veinticinco años que Octavio Mirbeau sorprendió al público y a la crítica con la revelación de una escritora que se ganó la fama y el bienestar de la noche a la mañana pasando, de pobre «fillette» del taller o del arroyo a ser la gran novelista Margarita Audou, muchas veces Presidente de la Société de Femmes de Lettres. ¿Podremos extrañarnos de que René Belbenoit, caído, a los dieciocho años en un feo asunto de hurto de dinero, soldado heróico de la Francia a los veinte, penado en la Guayana a los veintidós, archivero del presidio a los treinta, sea a los cuarenta casi un autor célebre; ni por qué había de sorprendernos verle seguir hacien-

do honor a sus constantes y renovados esfuerzos de rehabilitación?

Debe tenerse presente que si, como Cervantes, Silvio Pellico, y Dostoyevsky y Wilde, y tantos otros ilustres penados, René Belbenoit ha conocido su purgatorio aquí en la tierra, su caso es único, porque mientras otros cayeron en el foso cuando ya eran hombres de renombre continental, a él lo pilló la máquina para lanzarlo hecho un escritor. Además hay mucha distancia de ser reo político o prisionero de guerra a ser reo común. La mística propia de todo prosélito o religionario le da, como al prisionero y al cautivo, una fuerza moral que tiene que faltarle al condenado por crimen o delito ordinario. Por eso fué tremenda, y sólo comparable a la de Luzbel, la caída de Oscar Wilde, a quien hay que imaginarse pelado al rape y vestido de cebra, deshaciendo filástica con esas mismas manos con que imponía la moda en Piccadilly. A mí no me extraña que sean tan grandes y tan bellas la *Balada* famosa y el *De profundis* del poeta irlandés, como no me extraña que el *Quijote* sea la obra de madurez de un hombre que tuvo por don el genio creador y por madrina a la irremediable desventura.

Los poemas que Wilde debió a la cárcel son el grito desgarrador del semidiós vencido, el espantoso alarido del orgullo de un hombre genial pero extraviado que triunfó siempre; pero que no creyó en su derrota y en su muerte civil sino cuando se vió cogido por el garfio y aplastado por el martinete. Al través de su lirismo, se ve el modernismo, el dandysmo, el satanismo, el anarquismo espiritual de fines del siglo XIX, que ya no creía en nada de lo creado; pero que era incapaz de crear a su vez. «Dry Guillotine» es el clamor humano, sin aspavientos, sin desbordes, sin romanticismo; la demostración más emocionante de que (errare humanum est) la ley marra, de que la justicia flaquea, de que la sociedad se engaña, de que la civilización no ha dado aún el último paso ni dicho su última palabra frente al problema de la criminalidad y la delincuencia.

La represión punitiva es necesaria, imprescindible ¿quién lo niega? Pero convengamos también en que hay que modificarla substancialmente, y por lo pronto en sus procedimientos. Acaso sea éste, con el de la prostitución y la trata de blancas, su sucedáneo, el problema que más nos urge resolver con criterio evolutivo. Porque en realidad, después de leer algunas páginas de «Guillotina Seca» no puede uno menos de pensar que al ahorcar por robos y cercenar manos por falsificación de moneda, las legislaciones medioevales fueron menos bárbaras y antihumanas que nuestros regímenes penales de hoy, que no sólo no tienden a la regeneración del individuo sino que carcome su personalidad y concluyen por hacer de un hombre una piltrafa humana sin alma, un ente sin salud espiritual ni física, casi un intocable».

No tengo por qué negar que debo horas de agradable y provechosa lectura al libro sobre cuyo mérito se me ha pedido pronunciarme. Como cada cual reacciona en conformidad a su temperamento y a sus gustos, no ha de faltar quien lo encuentre detestable. El hecho es que este libro, autobiografía documentada y no leyenda, pequeña gran historia, al relatar hechos reales y recientes, me ha interesado y entretenido tanto como pudo hacerlo una buena novela. Naturalmente, hay que descartar a los adoradores de «lo bonito» en literatura. Y habría que considerar también el efecto de «Dry Guillotine» en ciertos sectores de la sociedad y de la política francesa, ya que en todos los países se da como maleza el falso patriotismo y ya que la hipocresía humana suele preferir que las cosas se ignoren a que no se sepan para remediarlas. Aún flota, como una sombra, frente a la trágica Isla del Diablo el recuerdo del martirio de Dreyffus.—VICTOR DOMINGO SILVA.